

24

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Victor M. Molina

Por la Facultad

Juan Girelli

Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat

Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Enrique Loudet

José H. Porto

Por la Facultad

Andrés D. J. Devoto

Por el Centro de Estudiantes

Alberto Bonfanti

Por el Centro de Estudiantes

Año XX

Mayo, 1932

Serie II, N° 130

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

de Argentino V. Acerboni

La necesidad de información

Durante las épocas normales de la vida de los pueblos, un grupo reducido de estudiosos se dedican a discutir los unos, y a investigar los otros, los problemas de la economía política y de las finanzas.

En general, se atribuye a sus conclusiones un valor puramente académico, mientras continúan las épocas normales, de la misma manera que miramos con una cierta despreocupación al médico, cuando estamos en salud.

Pero llegan las épocas difíciles, tales como la que atraviesan la economía y las finanzas del mundo; y el mundo afligido se dirige a los economistas y financistas en procura de la salvación.

En épocas anormales, es imposible mirar las cosas fríamente; y sin embargo, en esos momentos, en que más duraderas son las lecciones de la experiencia, es cuando sería más provechoso discutir con serenidad, y procurando desprenderse de las urgencias del momento, la causa de los fracasos y de las dificultades.

Es opinión corriente, confirmada por la experiencia, que los economistas no sirven para nada. En efecto, frente a una situación como la presente, que remedio tienen para ofrecer. Más aún, no son capaces si quiera de formular un diagnóstico, y ponerse dos economistas o financistas de acuerdo para decir qué enfermedad es la que tiene el paciente.

Evidentemente, no! Cada economista, puesto frente al paciente, ve la causa del mal en aquella limitada porción del dominio de las ciencias económico-sociales a la cual le

han llevado con preferencia sus estudios, sus investigaciones, o las teorías de los autores que sigue con predilección.

Cada uno tiene para los males del cuerpo social, un remedio, una panacea infalible. Se trata, en muchos casos, de arbitrios probados en múltiples ocasiones, con éxito algunos, con mal resultado los más.

Los éxitos pasados, se invocan calurosamente por los patrocinantes de sistemas, como una garantía de éxito para el futuro. Sin tener en cuenta, la mayor parte de las veces, las similitudes o diferencias entre el estado del paciente actual, y el del que experimentó el remedio en el pasado.

Más aún, para el sincero sostenedor de un sistema, no tiene importancia ni siquiera saber si la cura anterior se debió en realidad a su remedio, o si el paciente se curó a pesar de su remedio.

Y cuando, como ocurre en general en épocas como las actuales, los remedios propuestos no dan resultado, o los técnicos se manifiestan incapaces de proponer remedios; el pueblo, aún las personas de discernimiento y espíritu científico, reniegan de la ciencia económica, y proclaman a grandes voces la inutilidad de todos los estudios.

Y sin embargo este punto de vista es manifiestamente injusto. Es tal el progreso moral y material a que ha llegado el mundo moderno, que nos impulsa inconscientemente a juzgarnos mucho más sabios de lo que somos, y a perder de vista, en un momento dado, lo limitado de nuestros conocimientos.

Tomando como punto de comparación el estado de la ciencia médica. ¿Cuántos siglos de empirismo y de teorizaciones, cuántas décadas de investigaciones rigurosas sometidas a contralor científico, y cuántos millares de observadores dedicados a la adquisición del conocimiento, tiene a su sepaldas la ciencia médica moderna?

Y sin embargo, en muchos casos, la ciencia médica tiene que declararse impotente. Hay aún hoy regiones del cuerpo humano, glándulas y órganos, cuyas funciones no se conocen con precisión. Hay enfermedades cuyo origen apenas se sospecha; y otras que aún conociéndose bien su causa, la ciencia moderna no es capaz de vencer.

Frente a este cuadro, contemplemos el cuadro de los conocimientos económicos.

¿Cuántos años de observaciones empíricas y de discu-

siones puramente literarias tiene a sus espaldas el mundo moderno? La discusión ordenada de las leyes económicas, apenas se remonta a 150 años.

La información concreta sobre hechos económicos; el análisis científico de las observaciones, remontan apenas a la presente generación.

En la mayoría de los hechos fundamentales, no tenemos ni siquiera observaciones regulares. Los fenómenos económicos vinculan a los hombres, con los bienes, con la producción de la tierra, y con el trabajo.

¿Conocemos siquiera, en forma más o menos completa, a uno de estos elementos?

Con respecto a los hombres, para una gran parte de la superficie de la tierra, no hay aún mediciones cuantitativas a intervalos regulares. El análisis cualitativo está, como es natural, aún más atrasado.

¿Tenemos más información con respecto a la producción? Los fenómenos meteorológicos, las siembras, los rendimientos de cosechas, están estudiados con alguna constancia y empeño en los países más adelantados. En otros, entre ellos países de economía fundamentalmente agraria como el nuestro; los estudios son tan parciales e incompletos, que podemos decir que lo ignoramos todo.

En cuanto al trabajo, no podemos decir mucho más. La ocupación y la desocupación, son para algunos países, entre ellos la Argentina, fenómenos que están por completo en la mano de Dios, y hasta parece que fuera un sacrilegio tratar de investigarlos.

Si entramos a los elementos más complicados que intervienen para determinar la situación económica de los pueblos y de las sociedades, aún en los países más adelantados encontramos que su conocimiento es parcial y monográfico. Los consumos, los precios, los gastos familiares, la distribución de las rentas; se investigan parcialmente desde hace algunos años, en los países más adelantados, pero recién en la presente década se habla de investigar la distribución de los productos; el costo de comercialización y de manejo de las mercaderías que son objeto de consumo general.

En cuanto a las finanzas públicas, aún con la imperfección que surge de la ignorancia de los fenómenos de la economía individual, que las afectan fundamentalmente; puede

decirse que están mejor estudiadas en general, en los países más adelantados, que los fenómenos económicos.

La necesidad de asegurar la estabilidad del estado, hace que los hechos que afectan a la finanza pública se estudien con más cuidado, y que en general este mismo estudio lleve a observarse con más detención una parte de los fenómenos económicos particulares, aquellos en los cuales el Estado tiene un interés fiscal directo o indirecto.

No ocurre así, por cierto, en nuestro país; el conocimiento de las finanzas públicas es todavía una ciencia limitada a unos pocos especialistas. Para dar una idea de nuestra profunda ignorancia en la materia, basta una comprobación. Terminado y liquidado un ejercicio económico del estado, transcurridos todos los plazos necesarios para que se cierren las cuentas, se ponga al día la contabilidad oficial, y se analicen los resultados en las Memorias Ministeriales. ¿Es posible saber lo que el Estado ha gastado en el ejercicio?

Los técnicos dicen que sí. Efectivamente, es así; pero con la pequeña diferencia de que dos técnicos, con el mismo ejercicio, y con las mismas cuentas, llegan a resultados a veces enteramente distintos. Las discusiones frecuentes sobre el resultado financiero del ejercicio, si ha habido déficit o superávit, si la deuda flotante ha crecido o ha disminuido, son más elocuentes que cualquier demostración, para comprobar que aún en el problema más sencillo de finanzas del Estado, no tenemos los elementos necesarios para su estudio.

Si la causa de esta obscuridad está en la defectuosa organización de la contabilidad pública, o si la necesidad de mantener en discreta obscuridad los resultados financieros es la que impide que la contabilidad pública esté mejor organizada, sería difícil decirlo. La situación existe, y no con el carácter de una anomalía en nuestra contabilidad nacional. Cada uno de los catorce estados argentinos tiene un problema análogo, lo cual demuestra que hay en el fondo una causa fundamental.

Si pasamos a otros hechos de las finanzas, la falta de información es cada vez mayor. El producido de cada clase de impuesto, el peso que significa sobre la producción y sobre la población, es en gran parte un misterio. De aquí que toda modificación, toda reacción en materia impositiva, sea una especulación nueva, cuyos resultados solamente la experiencia de uno o más años puede poner en claro.

Esto ocurre con respecto a los hechos concretos de la economía o de las finanzas. Si de allí pasamos a los estudios, a la vinculación de fenómenos y la investigación de causas, que son los únicos elementos que puedan dar un fundamento serio a las ciencias económicas, es natural que la falta sea absoluta.

Los investigadores científicos de materias económicas, no pueden ser anteriores a la investigación seria de los fenómenos. La recolección de series y observaciones ordenadas, data apenas de una generación, y la formación de los observadores es correlativa con ella.

No es posible, pues, pedir que los estudiosos tengan en un momento dado una suma tal de observaciones concordadas y vinculadas, que permita diagnosticar con exactitud las causas de las perturbaciones económicas; y proyectar remedios eficaces para ellas.

Los remedios que en todas las épocas se han sugeridos para los males sociales, no pueden, en el estado actual de la ciencia, ser sino felices intuiciones de espíritus superiores, que con un conocimiento aún deficiente de los hechos; pueden, con una visión profética del porvenir, adivinar las leyes y las relaciones que la observación científica confirmara más adelante.

En estas condiciones, apenas es posible hoy someter a una crítica negativa, a una reducción al absurdo, las proporciones que las observaciones existentes hagan aparecer como demasiado descabelladas; y es en este sentido que los conocimientos acumulados pueden ser más útiles.

Pero si no podemos hacer mucho para el presente, en cambio tenemos un enorme programa para el porvenir.

El progreso social y técnico del mundo ha sido mucho más rápido que el adelanto de nuestras investigaciones. La obra de la próxima generación exigirá una masa enorme de conocimiento, y es el deber de la generación presente procurar la forma de que esos conocimientos existan.

Las disciplinas que forman parte del plan de la Facultad de Ciencias Económicas, llevan a la formación de investigadores. De esta casa saldrán contadores, y saldrán economistas. Unos y otros tienen dentro del plan de organización del mundo, su lugar destinado. El contador está llamado a llevar a las empresas públicas y privadas, sistemas de organización y métodos de trabajo, que reemplazen los

métodos y sistemas empíricos que nos ha legado el siglo pasado, y que hoy son insuficientes para hacer frente a la mayor complejidad social.

Contribuirá, así, grandemente, a dar una forma orgánica al material que ha de servir para las investigaciones económicas futuras; a la vez que a preparar el mecanismo funcional para una mejor coordinación de servicios, que ya el mundo reclama.

El economista, por su parte, está llamado a discutir el plan de investigación que nos debe conducir al conocimiento de los fenómenos económicos que interesan a la marcha futura de la humanidad. Y luego, tomando parte en los institutos de investigaciones modelos que la Facultad tiene, y en los que deben crear las instituciones públicas o particulares especializadas; trabajar para aumentar la suma de conocimientos que permitirá a los economistas del futuro fundar las especulaciones teóricas, sobre bases serias de conocimiento de los hechos.